

Duván Emilio Ramírez Ospina
Rector

Yamilhet Andrade Arango
Vicerrectora

Héctor Mauricio Serna G
Director de Investigaciones y Posgrados

Alejandro Ceballos Márquez
Investigador director del Proyecto Magdalena Caldense, Apropiación Biocultural

Beatriz Toro Restrepo
Adriana Gómez Alzate
Lucimar Gomes Días
Vanessa Serna Botero
Paula López Chica
Carlos Urrego López
Carolina Montoya Ballesteros
Juana del Carmen Sánchez Ramírez
Grupo de investigación DICOVI
Grupo de investigación BIONAT
Grupo de investigación INVESTIGACIONES DE LA COMUNICACIÓN
Investigadores

Carolina Montoya Ballesteros
Paula López Chica
Juanita Hincapié Mejía
Juana del Carmen Sánchez Ramírez
Carlos Andrés Urrego Zuluaga
Comité editorial

Estefanía Sánchez Yepes
Cristian Agudelo
Carolina Montoya Ballesteros
Juanita Hincapié Mejía
Santiago Escobar Jaramillo
Comité de contenido transmedia

Alejandro Jiménez Salgado
Alejandro Serna Rodas
Colonos Estudio Creativo
Néstor Jaime Bustamante Vargas
Fotografía y contenido digital

Sara Jaramillo Cardona
Ilustraciones

Estefanía Sánchez Yepes
Producción

Luis Osorio Tejada
Diseño y diagramación

Juana del Carmen Sánchez Ramírez
Editora

Dirección General de Investigaciones y Posgrados
Coordinación

Universidad de Manizales vigilada MinEducación

Publicación semestral.
Los artículos firmados no representan expresamente la visión de la Universidad de Manizales.



La ciencia en equipo: un camino para las grandes ideas



Yamilhet Andrade Arango

Hacer ciencia con impacto social es un propósito que no puede desligarse de la misión investigativa de las instituciones de educación superior. El despliegue de este tipo de actividades académicas debe llevar a la producción de un conocimiento útil para las comunidades que posibilite de-

sarrollos integrales en los sujetos y potencie sus condiciones de vida. Lo anterior desde la generación de conciencia, el cuidado de la salud, el acceso a la formación integral, el reconocimiento de los derechos y la superación de las necesidades presentes en los territorios.

Este reto académico, científico y social implica fortalecer el capital relacional de las instituciones que construyen conocimiento. Lo que se promueve a través de la consecución de alianzas que propicien el intercambio de experiencias y mejoren las capacidades de los investigadores, amplíen la comprensión de los fenómenos de la realidad, acerquen la ciencia a las comunidades y aumenten la calidad en la producción académica del país.

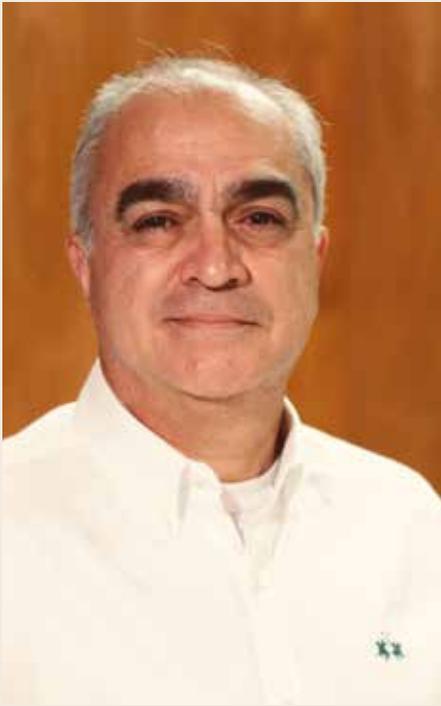
Desde esta perspectiva, los esquemas colaborativos entre instituciones educativas son una oportunidad para desarrollar ciencia con impacto social a partir de las miradas interdisciplinarias del saber, el fortalecimiento de la financiación y la producción de un conocimiento que responda a las realidades que afrontan las comunidades. Para esto es indispensable que los investigadores involucren a las personas en la identificación de sus problemáticas y en la toma de decisiones para solucionar estas situaciones.

Hay que destacar que la dinámica del trabajo investigativo colaborativo ha hecho parte de la historia de la ciencia, pues detrás de un gran científico siempre ha habido un equipo. Personajes como Albert Einstein, Marie Curie, Rosalind Franklin, Charles Darwin, Nikola Tesla, Isaac Newton, y colombianos como Nubia Muñoz, Rodolfo Llinás, Ángela Restrepo, entre otros, tuvieron coinvestigadores que perfeccionaron sus descubrimientos y que ayudaron para que las invenciones llegaran a la grandeza científica. De esta manera, el crecimiento de la ciencia no ha sido producto del trabajo de personas aisladas, sino de comunidades científicas que se han unido para ampliar las miradas del mundo y generar transformación social.

Dentro de las múltiples investigaciones que desarrolla la Universidad de Manizales en alianza con otras instituciones, se destaca el proyecto Magdalena caldense, que se realizó de la mano con la Universidad de Caldas, Bios y asociaciones comunitarias. Este proyecto se centró en entender las posibilidades biológicas de la zona, con el propósito de potenciar las herramientas de las comunidades y apostarle al turismo científico, medioambiental y comunitario en miras de transformar la vida en el departamento. Este número especial de Eureka da cuenta de un ejercicio colaborativo entre investigadores, instituciones y sociedad civil.

Editorial

Patrimonio biocultural del Magdalena centro caldense como base del desarrollo social



Alejandro Ceballos Márquez

“El Magdalena es a un mismo tiempo corredor de comercio y fuente de cultura; es el manantial del que nacen la música, la literatura, la poesía y las plegarias de Colombia.”

Wade Davis

La sinergia que resulta de interconectar en el territorio la diversidad biológica con las manifestaciones culturales de las comunidades locales es lo que abarca el concepto de patrimonio biocultural. Este concepto incluye un amplio conocimiento de la riqueza natural y su uso tradicional, al tiempo que acoge los valores espiri-

tuales autóctonos de la comunidad que son transmitidos de generación en generación a través de la tradición oral. El aprovechamiento de la biodiversidad, así como de otros activos culturales tangibles e intangibles, hacen de esta unión un modelo de desarrollo para las comunidades en el territorio.

La subregión del Magdalena Centro Caldense ha venido posicionándose como potencia en las actividades turísticas de naturaleza con alto contenido científico gracias a la riqueza biológica de este territorio; pero, a su vez también hay un patrimonio cultural diverso que atrae un alto número de turistas nacionales y extranjeros. Las comunidades del Magdalena Centro han sido protagonistas en el desarrollo de esta oferta turística que requiere un mayor conocimiento de la biodiversidad y las manifestaciones culturales, con el objeto de que desarrollen estrategias de identificación, apropiación y sostenibilidad que garanticen una mayor valorización del patrimonio biocultural de su propio territorio.

Por esto, la Universidad de Caldas, en alianza con la Gobernación de Caldas, la Universidad de Manizales, el Centro de Bioinformática y Biología Computacional (BIOS) y la comunidad, a través de las asociaciones locales que trabajan en la conservación y valorización del patrimonio biocultural, ha adelantado este proyecto, cuyo principal objetivo se centra en desarrollar procesos de identificación y apropiación social del patrimonio biocultural en la subregión del Magdalena Caldense. Hasta el momento se ha logrado una activa participación de las comunidades mediante actividades de ciencia ciudadana que han permitido conocer, identificar y registrar una gran variedad de especies biológicas, así como la posibilidad de su aprovechamiento dentro de las dinámicas culturales y comunitarias. También, se han obtenido avances significativos en el conocimiento de la oferta cultural y turística del territorio lo que, unido a actividades de apropiación,

Te invitamos a visitar
<https://clusterlab.online/magdalenacaldense/> en donde encontrarás recursos interactivos desde los cuales podrás explorar el maravilloso mundo del Magdalena Caldense.

terminará por facilitar y fortalecer procesos de valoración sostenible del territorio.

La subregión del Magdalena Caldense está integrada por los municipios de Victoria, La Dorada, Samaná y Norcasia, territorio con el cual hemos tenido una deuda social de tiempo atrás, es por esto por lo que se ha llevado a cabo este proyecto sobre patrimonio biocultural. El Magdalena Caldense, a través de una estrategia de participación comunitaria, se benefició gracias al fortalecimiento de la divulgación y apropiación de su riqueza biológica y cultural, así como de los productos tangibles e intangibles que resultan de dicha unión. De esta manera, será posible hablar de un desarrollo de la bioeconomía representado en el turismo comunitario ordenado, con un objetivo claro y de valor ofrecido a propios y visitantes y, además, con un criterio de conservación y sostenibilidad de la riqueza del territorio.

Ahora, las comunidades representadas en las asociaciones aliadas al proyecto han participado de manera activa en la actualización de la información, el registro gráfico y la ubicación geográfica de anfibios y reptiles, aves, mamíferos, peces y flora que hacen parte de la riqueza biológica del Magdalena Centro. También, este ejercicio ha sido complementado con información secundaria obtenida de distintos proyectos desarrollados en esta subregión. La actividad mencionada ha permitido actualizar datos biológicos especialmente para los municipios que tenían un menor número de registros como Victoria y La Dorada. Las asociaciones: Asociación Comité Turístico Río La Miel Vereda La Habana, Asociación de Granjeros Vereda La Atarraya, Fundación Jardín Botánico del Magdalena, Corporación Vigías Ambientales por Victoria y Asociación de Jóvenes Rurales Gestores de Paz, han participado en la actualización de este inventario biológico a través del mecanismo participativo de ciencia ciudadana, en la que sus integrantes han recibido capacitación para convertirse en actores activos desde el fortalecimiento de su interacción con la naturaleza y el entorno.

Sumado a lo anterior, se han desarrollado talleres con las comunidades en torno a lo que significa y representa para ellas su patrimonio cultural, esto en relación con la oferta gastronómica, festividades y eventos tradicionales que contribuya a incrementar, mejorar y valorizar la economía turística, que podría denominarse bioturística al involucrar un fuerte componente biológico. De igual manera se brindaron herramientas comunicativas, desde la mirada del periodismo de ciencia, para potenciar los mensajes a posibles interesados.

Estos talleres contribuyen a fortalecer la apropiación social del saber cultural, dado que el desconocimiento alrededor de estos temas ha generado un retroceso en los indicadores de la dimensión cultural del departamento de Caldas y, en consecuencia, de la posibilidad de mejorar la competitividad turística.

La apropiación social del conocimiento y la valoración del territorio son el vehículo para el empoderamiento de las comunidades y, en este caso, una herramienta para reconocer los activos tangibles e intangibles del Magdalena Caldense; por esto, la importancia de unir de manera exitosa la investigación científica y el diálogo de saberes. Es a través de esa resignificación y valoración del territorio que se construyen procesos de innovación social y tecnológica desde la base y donde se generan productos de conocimiento asociados con la economía creativa y cultural, al tiempo que se diseñan productos y servicios con una alta oferta de valor para aprovechar en beneficio de las comunidades. Así, los procesos de apropiación social se presentan como un espacio democratizador de la ciencia que la ubica al servicio de las comunidades al establecer ese puente que une las tradiciones y el saber autóctono con el conocimiento científico.

El patrimonio biocultural del Magdalena Caldense debe convertirse en un motor de desarrollo comunitario que permita la preservación de las tradiciones, la conservación de la biodiversidad, la reducción de la contaminación y la restauración de los ecosistemas. Este patrimonio debe ser también un generador de ideas de emprendimiento que promuevan el empleo y desarrollo sostenible para las comunidades, donde todos sus habitantes puedan hacer parte del espacio reduciendo las brechas sociales.

Este es el inicio del pago de esa deuda histórica que tenemos como sociedad con el Río Nación que ha visto crecer y desarrollar al país y a nuestro Magdalena Caldense.

Al escanear este QR en tu dispositivo móvil encontrarás un video con información sobre los objetivos del proyecto.



Contenido

2

Editorial

Patrimonio biocultural del Magdalena centro caldense como base del desarrollo social

6

Huellas

Raquel Patiño, La matrona de La Habana

8

Huellas

Luis Carlos Quiceno, El Último de los Primeros en La Habana

10

Crónicas

Pescador y peces: una red de sentimientos

12

Crónicas

Cebo a la vista, foto de primicia

14

El ejercicio de mirar

14

Relatos regionales

Voz

17

Relatos regionales

De un Buen Aguacate Dependía Todo

19

Relatos regionales

El Río

21

Relatos regionales

Cuento Enlagunado

24

Fábula

La Babilla y la Garza

26

Opinión

Desarrollo basado en la bioeconomía y el turismo como estrategia responsable

28

Registran Jaguar en Caldas

32

Cartografía Cultural y Biológica Magdalena Caldense

34

Paisaje Sonoro: Así suena La Miel

36

Oír, ver y sentir el Magdalena Caldense

Raquel Patiño, La matrona de La Habana

Carlos Urrego

A unos 30 kilómetros de La Dorada y 90 minutos de trayecto está la vereda La Habana. El río La Miel acompaña gran parte del viaje que difícilmente baja de los 35 grados centígrados de temperatura. Un par de perros saludan a los visitantes y un niño de no más de 10 años viene a recoger a los turistas para saludar a Raquel Patiño Ávila, de 56 años, una de las lideresas del turismo ambiental.

Al pasar por el cuerpo de agua en lancha se cambia de La Dorada a Norcasia. Y, sentada en uno de los troncos de la playa llena de piedras, una mujer morena, de sonrisa amable y madre de cinco hijos, recuerda cómo era su niñez al lado del río. “No teníamos juguetes ni nada de eso, nos divertíamos con los pescados y los animales. Me acuerdo que mi mamá siempre nos regañaba, pero nos colgábamos de los bejucos y nos amarrábamos para tirarnos al río”. Cogían los pescados, los metían en un pozo, jugaban con ellos y cuando el agua se calentaba los regresaban al río.

Los terrenos de la zona eran de un gran terrateniente que, con el tiempo, les dio algunas hectáreas a cuatro familias que llegaron a vivir de la pesca: los Bermúdez, los Flores, los Quiceno y la de ella, los Patiño. Sus padres venían del Tolima y su papá, que vivía de la madera y sabía pescar, vio en este punto una oportunidad laboral. “Nos

trajo a vivir del pescado como dice el cuento. Vivíamos de la naturaleza, de lo que nos daba el río”, dice Raquel.

¿Y la educación?

“Tenía 16 años y yo no sabía leer ni escribir. Nadie de mi familia. Acá no había colegios ni escuelas. Éramos cuatro familias y ya, no había nada más”, recuerda, mientras la brisa hace que tenga que quitarse el cabello del rostro. En los 70 hubo una oleada inesperada de turistas y ellos les empezaron a decir que era necesario formar a los hijos de la vereda. Armaron un pequeño rancho que hacía de escuela y le empezaron a pagar a una profesora que viajaba desde Bogotá a enseñar a los más jóvenes. Hoy, con orgullo, Raquel cuenta que abanderó la construcción de un colegio. Son seis salones y 80 niños que todos los días van a educarse. Pero ella solo pudo estar un año en ese pequeño rancho porque su padre le decía que con saber escribir y leer era suficiente. Ella solo podría terminar su bachiller años después, casada y con hijos.

Así, llegaron Luis Gerardo Bermúdez y su familia. Llegó el amor a la vereda y Raquel se enamoró. Su padre era muy celoso y no dejaba que se vieran, pero ya había pasado los 20 años y con una salida en lancha aquí, una ida a pescar allá, fueron pensando

“No teníamos juguetes ni nada de eso, nos divertíamos con los pescados y los animales. Me acuerdo que mi mamá siempre nos regañaba, pero nos colgábamos de los bejucos y nos amarrábamos para tirarnos al río”.

en tomar decisiones más serias. Él se fue a prestar servicio militar y cuando regresó le pidió matrimonio, ella dijo que sí. Se pusieron una cita y a la una de la mañana se volaron de la vereda.

“Me buscaron como dos años. Me fui para Antioquia porque me dijeron que si me encontraban, me mataban porque no estaban de acuerdo que me hubiera ido con él. Me quedé como un año y medio y cuando regresé ya estaba embarazada de mi primer hijo”, comenta risueña Raquel. Sus cinco hijos, tres hombres y dos mujeres, estudiaron y ahora trabajan, se siente orgullosa cuando habla de ellos.

Antes de entrar en el turismo trabajó 19 años como madre comunitaria. Con eso sacó adelante a sus hijos y empezó a liderar procesos sociales en la vereda. Luego de una propuesta de Bienestar Familiar, Luis le ayudó a armar un salón pequeño para recibir a los niños de lunes a viernes de ocho de la mañana a cuatro de la tarde. “Yo me quedaba con los niños de la vereda, llegué a tener 15 niños aparte de los míos y luché y luché 19 años. Me levantaba a las cinco de la mañana porque me tocaba recoger algunos de ellos. Y empezaba la locura, que jugar, que a tun tun, mis hijas algunas veces me ayudaban. Era difícil porque muchas veces no traían ni pañales, tocaba hacerles la comida y no llegaba el mercado de Bienestar y así, pero lo logramos”.

Llegó el turismo

En diciembre de 2002 todo cambió en la vereda La Habana. Isagen puso en funcionamiento la hidroeléctrica Miel 1, una mole de más de 188 metros de altura, que costó un poco más de 600 millones de dólares de la época y que cambió para siempre la vida de la comunidad y de la biodiversidad de la zona. La empresa construyó el embalse Amaní, que guarda aproximadamente 570 millones de metros cúbicos de este río que nace en Marulanda y recibe las aguas del río Tenerife, Moro y otros.

“Cuando tenía cinco o seis años el río era el doble de grande y era muy rico en pescado; uno tiraba una atarraya y salían 400, 500 de una. Y cuando uno pasaba tenía como un túnel hecho de guadua a lado y lado, podía navegar una hora y no veía el sol. La gente fue llegando, cortando, haciendo sus fincas y ya con la llegada de Miel 1, pues

Al escanear este QR en tu dispositivo móvil encontrarás una entrevista realizada a Raquel Patiño, La matrona de La Habana.



menos agua”, explica Raquel como quien va contando un cuento de memoria.

Por eso tomaron la decisión de crear el Comité Turístico La Habana, en el que 21 integrantes velan por generar conciencia en niños y turistas sobre la necesidad de cuidar el río, buscan aprender cómo hacer turismo sostenible y mejorar sus procesos para que cada persona que los visita quiera regresar. Por eso lo cuidan, por eso es que la primera vez que hicieron limpieza del río recogieron 14 toneladas de basura y ahora no pasan de 100 kilos. Por eso es que, si un turista arroja una basura, cualquier niño se tira al río para sacarla.

“El río es una fuente de vida. Todos los que vivimos acá tenemos una relación muy cercana con el agua. La cuidamos, le agradecemos y nos da el día a día”, concluye Raquel.



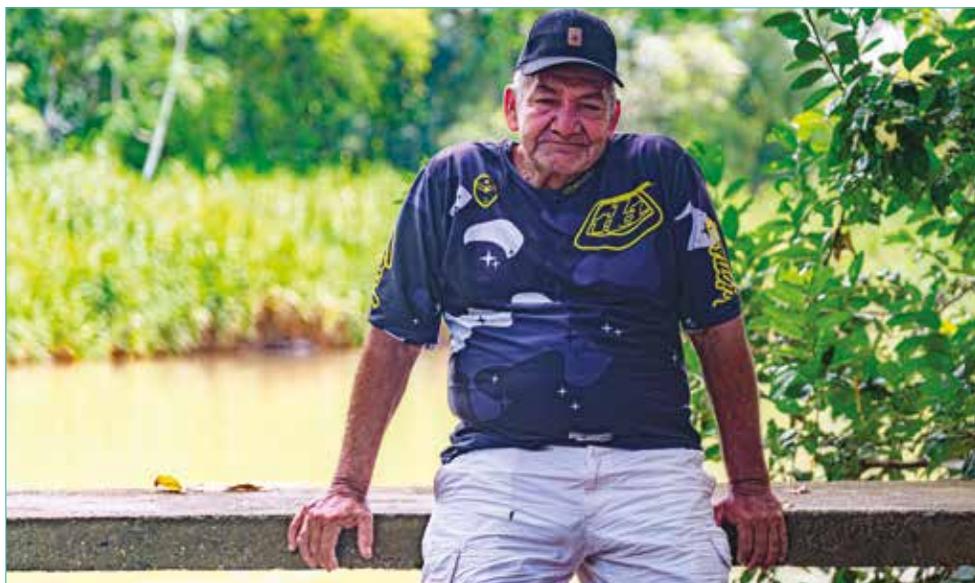
Raquel Patiño recibe a los turistas en las cabañas que ha contruido al lado de su familia.

Luis Carlos Quiceno, el último de los primeros en La Habana

Carlos Urrego

“Yo aquí veía caimanes de seis o siete metros, esto era muy diferente”, con voz pausada, pero dicharachera, Luis Carlos Quiceno Bolívar, de 66 años, camina lento, como si fuera dueño del lugar, como si conociera cada palmo de terreno y las historias que esconde. Y, seguramente, así es.

Don Luis nació en el corregimiento de Arauca, del municipio de Palestina, pero muy rápidamente sus padres tuvieron que irse, era la época de La Violencia y venían del Valle del Cauca buscando refugio. Pasaron por Manizales, llegaron a La Dorada, luego a la vereda Isaza y se encontraron con el río La Miel.



Luis Carlos Quiceno es un soñador pesimista. Piensa que el pasado fue mejor pero tiene fe que el futuro traerá bienestar a La Habana.

“Todo era muy inhóspito, y ser niño era muy diferente. Había mucha selva, todo era muy malsano. Plagas, zancudos, serpientes, enfermedades y éramos muy humildes”, cuenta don Luis sentado en una silla Rimax al lado del río que lo vio crecer. Ese río le dio a él y a su familia (seis hermanos, papá y mamá) de comer, era muy rico en peces y era común que la gente se acercara a tirar atarraya. Con la compañía de un amigo, el papá de

don Luis pescaba y construyeron un ranchito. Poco a poco se fueron quedando.

Los Quiceno, los Patiño y los Flores fueron las primeras familias en colonizar esa zona, por lo menos eso dice él. “Construimos un ranchito y ahí empezamos a pernoctar, pero fue muy duro porque empezaron a morir mis hermanos”, el paludismo, la desnutrición, la falta de un puesto de salud fueron causa de la muerte de cuatro de sus seis

hermanos. Su otro hermano falleció recientemente, él es el último de los Quiceno. Pero el Luis niño recuerda una zona mucho más verde, más biodiversa, con más animales, más peces, caimanes, más agua. El río La Miel, su río, ya no es el mismo, pero lo sigue defendiendo a muerte.

Un médico de Bogotá

Era una época difícil para los Quiceno, un incendio los dejó sin nada. La decisión estaba tomada, era necesario seguir el trayecto, ir a otro lugar. Pero, por cosas de la vida, un médico que de vez en mes aparecía a pescar y que en algún momento llevó a don Luis a la capital para tratar una enfermedad, regresó y le regaló a la familia elementos para rearmar su vida. Les pidió que, por favor, no se fueran y que recibieran a su hijo, que estudiaba en Estados Unidos y quería pasar por La Miel de vacaciones, como si fuera parte de la familia. Y así fue.

“Vino con dos amigos más que eran norteamericanos, que no hablaban nada español, pero chévere, muy contentos en el sitio, el señor los trajo y se volvió a ir y los dejó”. Iban al río, se bañaban y pasaban horas internados en el bosque, hasta que un día no aparecieron más. Pasaban las horas y nada, ya se estaban preocupando en la casa de don Luis. Hasta que regresaron caminando, estaban felices. “Decían que esto era un paraíso, que encontraron el tesoro más grande”, el papá de don Luis no entendía, “encontraron oro, ¿o qué?”, recuerda que les preguntaba. Y uno de los visitantes respondió: “Yo he andado mucho este planeta, he caminado mucho y solamente en México los conocí y ahora los encuentro acá”... Eran hongos alucinógenos, “una cosita que nace del estiércol del ganado”, dice.

El boom del turismo

De un momento a otro, La Miel se convirtió en un centro de atención nacional e internacional. Gringos, europeos, costeños, bogotanos, gente en muletas, en bicicleta, en carro y hasta helicóptero tenían que ver con el tema. “Mi papá construyó siete cabañitas

Llegó a ver 800 personas de seis o siete nacionalidades. Don Luis, apenas iniciando la adolescencia, escuchaba conversaciones en cuatro o cinco idiomas. Vio reporteros de todo el mundo porque, luego del descubrimiento de los hongos, llegó otro atractivo: una playa nudista.



Cuando don Luis camina por La Habana saluda a todos. Conoce a cada uno de los integrantes de la comunidad.

muy rudimentarias, mi mamá puso una tienda y empezaron a atender gente en una forma empírica”, recuerda.

Llegó a ver 800 personas de seis o siete nacionalidades. Don Luis, apenas iniciando la adolescencia, escuchaba conversaciones en cuatro o cinco idiomas. Vio reporteros de todo el mundo porque, luego del descubrimiento de los hongos, llegó otro atractivo: una playa nudista.

“Llegaban francesas, italianas, gringas, colombianas, venezolanas, ecuatorianas y peruanas y se desnudaban. Se bañaban en el río, tiraban una toalla en la playa y listo, sin ninguna morbosidad”. Don Luis dice que por La Miel pasaron Pacheco, Germán Castro Caiedo, Gabo y hasta Pablo Escobar.

Minería y narcotráfico

Ahí terminó el boom. Empezaron a llegar mineros ilegales por la cantidad de oro de la región, personas del Chocó y Antioquia comenzaron a explotar, a contaminar el río y con eso llegó el narcotráfico, lo que alejó definitivamente a los turistas. Era mediados de 1979.

Con los narcotraficantes llegaron luego los paramilitares a la zona. Los mayores, todos, tienen alguna historia en la que tuvieron que darles posada, comida o dinero a algunos de ellos

para no tener problemas, hubo muertos que bajaban por el río. La violencia, de la que los Quiceno se escondían, al fin los encontró.

El yugo se sostuvo unos 20 años hasta que, poco a poco, la tranquilidad regresó, los paramilitares se alejaron, los narcotraficantes se fueron y los mineros ya no tuvieron nada más que explotar. En ese punto, don Luis pensó que ese era el momento de usar todo lo que había aprendido en su vida y aprovechar la maravilla de La Miel. “Yo me di cuenta que estábamos en medio de una riqueza y vi la oportunidad de trabajar de una manera diferente como mi padre y mi madre lo habían hecho en su momento. Me dije, ¿qué tal si creamos una organización comunitaria donde todos participemos y todos ganemos del turismo?” Y eso hizo. Con su apoyo se creó el Comité de Turismo del río La Miel y del río Manso.

“Nosotros nos dedicamos al entorno, al medio ambiente, a cuidar de este río. Ese es el trabajo que hemos hecho nosotros hoy en día, usted llega aquí y alguien tira un papel y un niño de una se lanza a sacarlo del río. Eso es crear conciencia dentro de la comunidad”.

El esfuerzo ha sido comunitario, asegura que el apoyo del Estado ha sido muy poco y que han tenido que aprender solos. Incluso, tuvo que despedir a algunos de sus seres amados,

como Luis Carlos, su hijo, que también era líder comunitario y ambiental y terminó asesinado el 2022 en medio de una disputa territorial.

Aunque carga a sus espaldas los dolores de 66 años, don Luis se ve enérgico, fuerte y con ganas de seguir preguntando, caminando y aportando para que el río La Miel nunca deje de ser su tesoro, su joya, su niña bonita.

“Nosotros nos dedicamos al entorno, al medio ambiente, a cuidar de este río. Ese es el trabajo que hemos hecho nosotros hoy en día, usted llega aquí y alguien tira un papel y un niño de una se lanza a sacarlo del río. Eso es crear conciencia dentro de la comunidad”.

Pescador y peces: una red de sentimientos

Santiago Arbeláez Escobar

Faltan cinco minutos para las cinco de la tarde. Entre biólogos y comunicadores nos preparamos para el primer muestreo de peces en la Charca de Guarinocito. El pescador, y a su vez guía, nos orienta sobre cómo ubicarnos en la lancha: dos personas por asiento y que la proa, o punta superior, quede vacía para poder realizar su labor sin preocupaciones.

Somos seis pasajeros a bordo. Cinco de la tarde. Cae el atardecer. Inicia el recorrido.

El lanchero empieza a remar de derecha a izquierda. Avanzamos lentamente. El pescador prepara su atarraya. Ubica su pie derecho detrás del izquierdo, se ve imponente y observa fijamente la charca sin parpadear. Pasan tres minutos con 15 segundos y el momento de pescar ha llegado.

Don Horacio toma impulso mirando hacia atrás de reojo a sus pasajeros. Aprieta sus labios resecos por el sol y lanza la atarraya. Suena el chapuzón en el agua. Todos nos quedamos en silencio expectantes, ojalá encontremos peces. El pescador espera sigilosamente mientras va sacudiendo su 'tarraya', como la llama, y observa detalladamente si algo quedó entre la maleza y los troncos que están pegados.

El pescador empieza a halar su atarraya y aclara que esta es una labor de pura suerte: puede salir desde un pez, más de 10 o simplemente, el instrumento de trabajo lleno de pantano, basura u hojas.

En este primer lance pudo pescar tres ejemplares de la misma especie. Aún sin sacarlos puede identificarlos por su color y nos va contando que este pez es de los más comunes en la zona: el famoso bocachico.

Deja su producido en la lancha mientras los especímenes revolotean y se chocan entre ellos. Los biólogos sonríen, se emocionan y ya quieren tenerlos entre sus manos para estudiarlos, tomar sus datos y agregarlos a las bitácoras y base de datos.

Un atardecer desvanecido que inicia en azul, pasa a naranja, se combina con el amarillo y termina en un blanco algodón ambienta la labor. Los pasajeros nos mantenemos lo más quietos posible para no caerlos a la charca o desconcentrar al pescador. Sin embargo, don Horacio pide silencio, pues con el sonido y movimiento de la lancha y el remo es suficiente para que los peces huyan y no se dejen capturar.

Don Horacio indica que avancemos al borde de la charca, pues posiblemente habrá peces en esa zona. Lanza nuevamente su atarraya. No pesca nada. "Hoy los peces como que tienen la visión muy desarrollada porque no se están dejando atrapar fácilmente", comenta el pescador.

Mientras continuamos con el recorrido, los biólogos adelantan sus estudios: acarician los pescados, les abren la boca, los miden, toman apuntes en sus bitácoras, toman fotos y esperan ansiosos otras especies. Don Horacio



cuenta lo importante que es la pesca para él y para el territorio, pues es su mayor fuente de ingresos. Sin embargo, aclara que se ha visto muy afectada por la contaminación de los turistas y la introducción de especies que no son de la zona.

La tarde se torna más oscura y el pescador, después de realizar siete intentos para encontrarse con grandes maravillas que nos sorprendieran, da la orden al lanchero de devolvernos al punto de inicio ya que "hoy no fue el día y no tuvimos suerte".

Llegamos al punto de desembarque, nos bajamos con diez pescados que se dividen en tres especies y los biólogos vacían su producido a una caneca. Se sientan, van sacando uno por uno, el biólogo y profesor Wilton



La luz natural ya es mínima. Nos despedimos con apretón de manos, abrazo entre colegas y risas sobre la paciencia que hay que tener en estos procesos.

Aguiar Gómez, pregunta a sus alumnos si a simple vista pueden identificar especie y género. Algunos responden, otros se ríen o simplemente se quedan en silencio. Sin embargo, Wilton empieza a explicar aspectos relevantes de los especímenes para que, tanto biólogos como comunicadores, aprendiéramos y entendiéramos el propósito de un muestreo de peces: identificar las especies y sus territorios más comunes.

La luz natural ya es mínima. Nos despedimos con apretón de manos, abrazo entre colegas y risas sobre la paciencia que hay que tener en estos procesos. El pescador se despide esperanzado de que el próximo día nos vaya mejor porque el encuentro será temprano en la mañana y es más fácil pescar. El muestreo termina y don Horacio se toma una cerveza como recompensa.



Bocachicos *Prochilodus Magdalenae*

Cebo a la vista, foto de primicia

Santiago Arbeláez Escobar



¿Han visto 'imágenes inéditas' de animales jamás pensados? Probablemente sí, ¿cierto? Y se han preguntado, de pronto, ¿cómo se logran esas capturas?, ¿quizás han pensado en el trabajo que hay detrás para lograr identificar las especies que habitan en ciertos territorios? Bienvenidos a la instalación de cámaras trampa, una actividad de profesionales en biología para descubrir las maravillas de la naturaleza.

Después de realizar muestreo de peces desde las 5:00 a.m. hasta las 9:00 a.m., llega el momento de atravesar la Charca de Guarinocito, sumergirnos en el bosque para instalar cámaras trampa y 'echarles la bendición' a ver si se tiene la fortuna de capturar alguna especie de la zona o descubrir algo nunca antes visto.

Identificación

Mientras caminamos por uno de los bosques que resguarda la Charca de Guarinocito, en La Dorada, los biólogos empiezan a identificar sigilosamente los árboles estratégicos en los que se pueden instalar los dispositivos. Estas cámaras, según el biólogo Diego Alejandro Torres, están equipadas con sensores infrarrojos y de movimiento que se activan al paso del animal, permitiendo obtener imágenes y videos de los mamíferos de manera no invasiva.

Ser analítico con cada paso que se da es fundamental. En la zona se pueden encontrar fácilmente algunas especies de serpientes y pisarlas no traería agradables consecuencias. El camino por el bosque sigue y los biólogos encuentran un primer lugar adecuado para instalar

Estas cámaras, según el biólogo, Diego Alejandro Torres, están equipadas con sensores infrarrojos y de movimiento que se activan al paso del animal, lo que permite obtener imágenes y videos de los mamíferos de manera no invasiva.

una cámara trampa: es espacioso, terreno medianamente plano, no hay muchas plantas al frente del árbol, es de fácil tránsito para las especies y puede ser llamativo dejar el cebo para atraer distintos animales.

La instalación

Una vez aprobado el lugar, el grupo de biólogos se reparte las funciones para que la instalación rinda y se logren los objetivos pactados del trabajo del día, pues la jornada para ellos no es sólo esta actividad, el muestreo de otro grupo de animales los espera en un par de horas.

Franko, con un largo y afilado machete, despoja la zona de ramas grandes para que la grabación no tenga interrupciones; Andrés prepara la cámara y avanza amarrando los cables y correas en el árbol y Manuela corta un pedazo de tela naranja fluorescente para marcar la zona y encontrar fácilmente la cámara a su regreso. Por su parte, Vanesa y Diego escriben las coordenadas en una bitácora.

Mientras todos están en acción, hacen pruebas caminando frente a la cámara, observan detalladamente el lugar, imaginan situaciones hipotéticas de animales caminando por la zona, conversan sobre cuáles podrían ser las posibles especies a descubrir y también sobre las que anhelarían encontrar.

La cámara y el cebo: un *match* perfecto

No solo se trata de instalar la cámara y dejarla a merced de los seres vivos que deseen caminar por la zona. Hay que atraer a las especies, ¿y eso cómo se logra? Con el auténtico y no tan agradable (para muchos) olor del cebo, en este caso, sardina en lata.

Para esto, Franko hace distintos agujeros a la lata y riega un poco de líquido en la zona con el propósito de que el olor se empiece a esparcir. Por su parte, Andrés prepara la cabuya e identifica alguna rama u árbol que esté justo al frente de la cámara trampa para amarrarla y que sea este el sitio indicado en el que se acerquen las especies a oler o comer el cebo, lo que les permitiría ser detectadas por el dispositivo y así obtener imágenes quizás nunca antes vistas.

El biólogo Diego Torres resalta que “el uso de cámaras trampa ha demostrado ser invaluable para la investigación de la ecología y el comportamiento de los mamíferos, porque proporciona datos sobre la distribución, abundancia y patrones de actividad”. Son dispositivos que revelan acciones que de otra manera serían difíciles de observar.

Ya ha pasado aproximadamente una hora en la que el cantar de los pájaros siempre ha estado presente. Se siente un fuerte y deshidratante calor, pero el primer dispositivo ya está instalado. Las coordenadas están anotadas, la cinta naranja está ubicada, el cebo está amarrado, ¿qué falta? Pensar lo mejor y que, al regreso, se puedan encontrar grandiosas imágenes gracias a estos dispositivos que nos permiten ver maravillas de la naturaleza: las cámaras trampa.



Al escanear este QR en tu dispositivo móvil encontrarás los videos de las cámara trampa que fueron instaladas en los distintos municipios del Magdalena Caldense.



El ejercicio de mirar

Juanita Hincapié Mejía

En esta compilación los relatos son, cada uno a su modo, exploraciones de territorios comunes, reales y a la vez imaginarios. Surgen como resultado del ejercicio de mirar, de hacer lecturas posibles y desplegar otros mundos dentro del mundo diverso y particular que compone el Magdalena Caldense.

A través de la narrativa se toman elementos significativos del patrimonio biocultural, cargados de historia y contenido simbólico, y se moldean para dar forma a nuevas interpretaciones y ángulos de visión que dialogan con los de las comunidades locales.

Se seleccionó un bien cultural por municipio, abarcando los cuatro que hacen parte de la zona de influencia del proyecto; este sería el detonante y la fuente de inspiración para la creación literaria. De todas maneras, vale la pena hacer hincapié en que, de acuerdo con las dinámicas propias del territorio, varios de estos bienes tienen vínculos que superan las divisiones políticas y se encuentran íntimamente ligados a la vida cultural de toda la subregión.

Los textos buscan plantear otras formas de relación y conversación con objetos, seres y lugares a partir de una escritura que se desligue de lo académico y de la rigurosidad fáctica. Se trata de enriquecer las discusiones contemporáneas volviéndolas interdisciplinarias, aportando desde las posibilidades de la ficción.

Así, en «El río» se trasponen debates modernos sobre el estrés de la ciudad versus la tranquilidad del campo; en «Voces» se incursiona en uno de los grandes temas de la literatura fantástica como lo es la casa encantada; en «Enlagunado» una noche de camping adquiere proporciones míticas; mientras que en «Aguacate» se echa mano del futurismo y la distopía para reflexionar en torno a los riesgos ambientales que estamos enfrentando como civilización.

Como siempre ocurre en la literatura, la intención última es narrarnos a nosotros mismos, vernos a punta de lenguaje y reconocernos en ese impulso antiguo que trasciende lugares y épocas: contar historias.

Voz

Juanita Hincapié Mejía

Abuela cruzó el alboroto de grillos y chicharras. La noche sin luna se había tragado toda la luz. Caminó por debajo del árbol de plátano, lento, un paso a la vez.

—Chinche, venga pa'ca —le gritó al perro que en ese momento parecía hechizado por algo bajo la tierra, algo que no era capaz de alcanzar por más que metiera las patas delanteras y excavara con toda su fuerza.

Abuela se apoyó en los muslos, bajó la mano izquierda sobando su piel, masajeándola aquí y allá, en un intento por calmar el dolor de las venas várices. Respiró profundo una, dos, tres veces. Tragó saliva y se concentró en recuperar el aire.

Ya no tenía la energía de antes, ni la capacidad de movimiento. Su cuerpo le dolía. Chinche se acercó y comenzó a frotarse contra sus piernas. Berraca vida ¿en qué momento me dio por ponerme en estas? Dijo pasito. Todavía se encontraba a medio camino del recorrido, cansada pero dispuesta a saber de dónde procedía la voz que estaba persiguiendo, agarrando fuerza para bordear el lindero de la hacienda Hamburgo.

Momentos antes, cuando la noche apenas nacía y derramaba sombras sobre las cosas, ella se encontraba frente al fogón, absorta en las burbujas de la aguapanela hirviendo. Se sirvió el líquido dulce y caliente en un pocillo blanco de peltre que todavía humeaba cuando se sentó a la mesa del comedor, allá en el cobertizo semicircular. Entonces apareció la voz. No es que no la hubiera escuchado antes. Con los años había aprendido a reconocerla. Cada vez era más

nítida, se distinguía mejor, ganaba volumen. Volvía en las noches y se unía a gruñidos y bufidos, al ulular de los animales que no podía ver, pero sentía cerca, en la oscuridad del monte.

Luego de darse los tragos, de saciar su sed y aliviar un poco la carraspera, Abuela apoyó el pocillo en la mesa y paró oreja. Había detectado la voz que ya no le causaba temor. Da miedo lo que no se conoce. Y este tono de mujer, que bien podría ser un lamento o un canto, lo conocía bien, se había vuelto familiar a punta de escucharlo una y otra vez durante sus noches en la hacienda. Daba la impresión de venir de muy lejos y a la vez rondar a su lado, entre los matorrales, esparciéndose en el viento, rozándole el cuello. En otros tiempos Abuela solía ignorar esa compañía. Y es que sus hijos y nietos no la sentían nunca. Si se animaba a contarles sobre la voz recibía a cambio miradas de preocupación, de condescendencia.



«De pronto la Abuela se nos está enfermando de los nervios», los escuchó decir alguna vez. Qué pendejada, ahora me van a tratar de loca, pensó ella y por eso jamás volvió a mencionarle nada a nadie.

Esa noche algo había cambiado. De repente le sobrevino la urgencia de entrar en contacto con la mujer que, era evidente, se esforzaba por decirle algo. Su voz surgía con intermitencias. A veces era un eco que rebotaba entre habitaciones, animado, incluso juguetón. A veces se alargaba, como un llanto triste, hasta finalmente apagarse.

Allá en los alrededores de la hacienda, mientras apoyaba todo su cuerpo en el tronco del árbol de plátano y el lomo de Chinche se sacudía entre los matorrales, la volvió a escuchar. Esta vez provenía de la hacienda, su propiedad desde que los nobles alemanes, sus patrones, murieron y los hijos se fueron para no volver.

Como había dejado los bombillos prendidos, la fachada se dibujaba entre las sombras y era posible detenerse en los detalles: paredes en bahareque de tabla parada, construidas con maderas del bosque de Buenavista; barandas negras y descascaradas a lo largo de los corredores; un cristo colgado junto a la puerta principal; la cubierta con altillo.

Así la noche difuminara los contornos, Abuela los sabía de memoria. Los había visto desde que tenía quince años, cuando llegó a cuidar a los hijos de la condesa Gertrudys Podewell. De hecho, podría dibujar las formas con las manos, añadir grietas en los marcos de las ventanas, manchas en el guardaluz; y eso empezó a hacer, como si en lugar de puro de aire tuviera frente a ella una hoja de calco. A medida que sus manos lanzaban trazos a la nada, una realidad cobraba fuerza y nitidez. Y es que no hacía falta demasiada luz para notar eso que se anunciaba más allá de los contornos: el deterioro. Al aullar el viento, la estructura de dos pisos se dejó ver en toda su fragilidad. La hacienda había resistido durante más de ochenta años y ahora parecía hundirse dentro de sí misma, de a poco, expuesta a las fuerzas naturales que amenazaban con desparramarla en el suelo, con generar un estallido violento y definitivo que terminara de volcarlo todo hacia adentro.

Esa vulnerabilidad que conocía bien, pero que a la luz de esa noche parecía recién descubierta, caló en la Abuela. La sintió muy suya. Casi que podía asomarse al futuro y ver los escombros: puertas y ventanas destrozadas, vidrios rotos, trozos de bifé y de muebles esquineros y, por sobre todo eso, una enorme nube de polvo. Se le retorció el estómago. Polvo, el final siempre.

Las cosas avanzan hacia el polvo.

De inmediato quiso espantar ese pensamiento como quien se quita un mosco de encima. Se fijó en la palomera y del ceño fruncido pasó a una sonrisa de satisfacción: mientras eso se mantenga en pie y detenga el viento, la hacienda aguanta porque aguanta. Nada de polvo por ahora. Abuela cruzó la explanada junto a Chinche hasta entrar en la casa que momentos antes imaginó desmoronarse y más bien fue por otra aguapanela. Aun cuando sabía perfectamente bien que esa tomadera de líquido no la iba a dejar dormir.

Los ojos de Abuela se dejaban ir al sueño y volvían bruscamente. Iban y volvían, meciéndose, mientras ella permanecía sentada junto al fogón. Estaba agotada. Lo que faltaba, que además de la voz ahora la persiguiera una visión. Se sobó de nuevo las piernas, estirándolas, empujando fuera de sí la imagen de la hacienda caída, la voz de la mujer. Entonces el rumor del aire se coló por la rendija de la ventana y le llegó al oído una respiración. No hizo falta reunir fuerzas para levantarse. El mismo soplo, como una exhalación prolongada, la sostenía e indicaba hacia dónde debía moverse. La guiaba a través del primer piso de la hacienda.

Cuando entró a la habitación que le indicó el soplo, frenó en seco. Comenzó a sudar frío. Sus pupilas se dilataron. A su cara se le fue todo el color. No podía creer lo que estaba viendo. El piano de cola que en otra época entretenía a las visitas, coronaba el espacio; las teclas se presionaban una tras otra, entonando una danza alemana. Había un movimiento casi corpóreo en el fluir de la música. Flotaba en el ambiente y casi se podía tocar. Vales por valor de diez centavos y monedas de bronce, emitidos por la hacienda Hamburgo y con su nombre en el anverso, estaban regados por el suelo, esos que solían darles a los jornaleros como pago por sus servicios. En un rincón, el escritorio en maderas nobles con pilas y pilas de hojas escritas, tachadas, arrugadas en bolita, como si alguien estuviera luchando por terminar un manuscrito. La primera reacción de Abuela, luego de la parálisis inicial, fue tragar saliva. La segunda fue correr, apenas salió del trance en el que estaba metida. Habrá que ver el pique que se echó, haciendo crujir la madera con toda la intensidad de su miedo. En medio del jadeo y la taquicardia, se persignó. Todavía corrió más, subiendo al segundo piso, con la agilidad de una edad que no era suya y sin mirar para atrás.

En el corredor, se tocó el pecho y tomó un descanso obligado mirando afuera el cultivo de mandarinas. O no propiamente mirándolo, porque en medio de la oscuridad no se veía, intuyéndolo: se lo sabía de memoria. Así como se sabía de memoria la hacienda entera y las rutinas de escritura de la señora Podewell y la canción que no paraba de tocar cuando estaba viva. Rezó un poco, por si las moscas, pidiéndole a las ánimas del purgatorio protección. La voz se mostró. Primera vez que pasaba del sonido a la materia. Se preguntó si su antigua patrona estaba intentando llevársela al otro lado, a un más allá que de repente le sonó agradable porque estaba en la misma hacienda. Incapaz de moverse, físicamente exhausta, se dejó caer despacio ahí mismo donde estaba parada. Se fundió con el suelo hasta abrazarse en posición fetal, como una niña. Antes de cerrar los ojos, se vio a sí misma adolescente mientras cepillaba el pelo y daba de comer a dos niños blanquísimos y monos. Vio a su patrona apoyándose en la baranda para gritarle algo a Gabriel, su conductor. Vio al conde ensillar un caballo y dirigirse al galope hacia el cordón montañoso que se erguía encima de la hacienda. Las imágenes desfilaban una tras otra mientras ella se hundía en el sueño.

Al escanear este QR en tu dispositivo móvil encontrarás la narración en audio de este relato.



De un buen aguacate dependía todo

Juanita Hincapié Mejía

12 de marzo de 2060

No sé para quién escribo esto. Para alguien del futuro tal vez. No sé tampoco qué sea eso del futuro. A lo mejor escribo porque sí. Para dejar los antojos y las ideas que no me dejan dormir fuera de mi sistema y metidas en el papel. Probablemente entierre la página que ahora escribo porque me gusta pensar que es un mensaje perdido. Cuando termine pondré esta hoja dentro una bolsa de tela que, a su vez, estará dentro de un cofre de madera, enterrado para quien esté destinado a encontrarlo. Ya preparé el hueco en el jardín. No sé si interese, pero será un testimonio, hablará de una época, de lo que alguna vez existió, y supongo que eso tendría que importarle a alguien.

Alguien, un alguien que conocerá a través de mí el aguacate. Vuelvo a los antojos y se me hace agua la boca. Agradezco haber conocido ese fruto. Ahora que ya no está caigo en cuenta de que muchos no lo probarán jamás. Incluso hasta siento orgullo de pertenecer a una de las últimas generaciones humanas que disfrutó de su suavidad cremosa. Ser testigo de una desaparición en la Tierra no es nada fácil. La sensación que tengo podría ser un duelo o un síndrome de abstinencia: perdí un sabor que nunca podré recuperar y eso el cuerpo lo sabe, lo niega, lo vive con ira, lo intenta negociar. Tal vez aceptarlo es empezar a decir, por eso escribo.

20 de marzo

Recuerdo que mi madre solía recibirme cuando llegaba del colegio con un plato de galletas de soda en las que esparcía mermelada de aguacate. Cuando invitaba a mis amigos ellos se sorprendían al ver que esa fruta que les parecía más una verdura, un acompañante de ensalada, un infaltable en los almuerzos, se podía volver un postre. Y sacaban la lengua, arrugando la nariz, para mostrarme que les daba asco. A mí lo que me daba era pesar de ellos por estarse perdiendo algo tan delicioso.

14 de abril

Sigo recordando:

Estoy pensando en la responsabilidad que traía consigo ser el elegido para comprar el aguacate del almuerzo. Algunas personas tenían un talento natural, a otras les tomaba años y años entrenar la mirada, reconocer al tacto. Y es que la presión de volver a la casa con un ejemplar que estuviera maduro, en su punto, no era un detalle menor. Gran expectativa la que se vivía apenas se deslizaba el cuchillo alrededor de la pepa para partirlo en dos. De la blandura de la pulpa dependía el éxito de la comida, porque de un buen aguacate siempre dependía todo.

15 de abril

Ayer me quedé dormida, por eso hoy me serví el doble de café artificial para estar despierta un poco más. Cuesta

memorizar las explicaciones científicas, pero por lo que entiendo, el suelo murió o, mejor dicho, se está muriendo por partes. Algunos pedazos de este mundo todavía tienen la capacidad de recuperarse: por encima crecen las plantas; los animales comen y caminan y esparcen semillas; por debajo conversan raíces, hongos y microbios. Un selecto grupo, conformado por los mejores y más experimentados agricultores de cada país, siembra, abona y riega para que germinen frutos diversos, para que se fortalezca la tierra y sobreviva. Igual son poquitos, poquitísimos. Aquí, por ejemplo, hace rato dejó de haber aguacateros. Ni siquiera sirvió el Centro de Innovación Científica y Tecnológica del Aguacate, que montaron años atrás para el mejoramiento genético de la especie. La falta de polinizadores y las altas temperaturas acabaron con todo.

Difícil creer que décadas atrás el problema fuera otro, el opuesto: fertilidad desbordante y exceso en la cosecha. Los frutos caían del árbol y se podrían en el suelo, se veían por todas partes, desparramados sobre la hierba. En ese entonces se inventaron harinas y aceites y productos cosméticos para resolver la situación, se adaptaron creando un nuevo sistema de manejo agrícola. Hoy en día hasta me da ternura pensar en que nos creímos el cuento de que todo está a nuestra disposición y nunca se agota. Cuesta entender que las cosas son finitas, que en cierto punto ya no van más, que desaparecen y dejan el hueco.

A veces, de camino a la plaza principal, paso por la casa de don Julio y lo veo sentado en una mecedora con la mirada fija en un lugar lejano. No se le ven los ojos rojos ni los cachetes mojados, nada en su rostro indica lágrimas. Pero yo sé que ha estado llorando por dentro. Esa es su manera de hacerlo ahora que se quedó sin trabajo y le tocó dejar de cultivar. Mira y mira, no hace otra cosa que mirar el horizonte marrón, seco, árido.

2 de mayo

Anoche soñé con un festín. En la mesa había guacamole, arepa con pulpa de aguacate esparcida como mantequilla, tostadas con trozos salpimentados encima, frijoles con trozos debajo, sumergidos. Varios recipientes de vidrio rebosaban mermelada y todo lo coronaba una jarra grande de batido. Gran noche. Cientos de tonos verdes brillaban en la mesa, bajo la luz del bombillo. Ahí dispuestas se encontraban todas las posibilidades de textura, color y sabor en las que se pudiera presentar el aguacate.

El día anterior había investigado la historia de este fruto y se terminó colando en mi sueño. Cada bocado se sentía inmenso, con un sabor condensado y a la vez rico en variaciones. Se me ocurre que es gracias a los años, más o menos 8 mil, durante los cuales se supo sostener y madurar, repartirse en muchos campos, luego de atraer a las primeras manos humanas que lo descubrieron allá en la cueva de Puebla, en México. Miles de años de un sabor que existió en la Tierra y ahora desaparece. Lo hizo el fruto entero, que antes colgaba y cuyo nombre "aguacate" proviene del náhuatl "ahuacatl", que significa "testículos del árbol".

El río

Juanita Hincapié Mejía



Tiene espasmos en el cuello y un dolor de cabeza que no se le quita desde el jueves. De camino al hotel, Sebastián hace una parada en la farmacia y compra aspirinas. Por poco incluye un mini ventilador portátil, recargable y color caramelo, que ve en la repisa, pero se contiene. Cada paso que da es un chorro más que baja, pega la camiseta a su cuerpo y lo envuelve en sudor. Cada paso que da es

un recordatorio de los cinco años que llevaba lejos de tierra caliente y por eso no es de extrañar el sofoco. Se va por la sombrita, saltando de una acera a la otra; camina resguardándose en los árboles, bajo los techos de locales de ropa, supermercados y papelerías, en un intento por esquivar el sol.

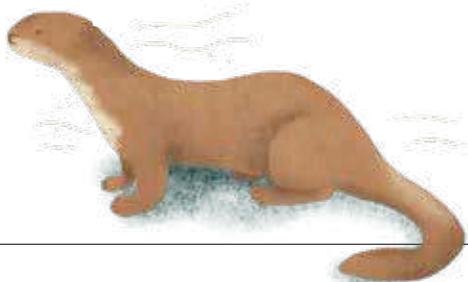
No se siente bien. Está de vacaciones y no se siente bien. En parte porque el lunes cuando vuelva al trabajo

presentará su renuncia; en parte por el dolor de cabeza, de cuello, de piernas. Lejos de su casa se siente extraño y débil, se avergüenza por el golpe de calor. Pronto serán las doce, esa hora del día que es más bien una sensación derramada sobre todas las cosas. Ya tirado en la cama de su habitación, con el aire acondicionado prendido y a medio vestir, se arrepiente de su viaje. Se acerca a la ventana donde había puesto

las botas y comprueba con una mueca de disgusto que siguen mojadas. El día anterior en una caminata monte adentro se le fue el pie en un charco más profundo de lo que pensaba. Habrá que ver la falta de equilibrio. A su cuerpo tieso, rígido, moldeado a punta de horas y horas de quietud en oficinas, no le quedó más remedio que meter el otro pie en el mismo charco y continuar así, el resto de la jornada con dos pequeñas lagunas. Ahora, mirando los rayos que se inyectan en las botas embarradas, sin cordones y con lenguas afuera, cae en cuenta de que no tiene qué ponerse. Él, un hombre de ciudad fría, acostumbrado a la altura de la montaña y a la neblina, no tiene qué ponerse en esa zona que en otros tiempos fue selva indómita, tal vez igual de calurosa pero más tupida, bordeada por una gran arteria de agua.

Otra vez es de mañana. A Sebastián lo cubre el verde en el río La Miel. Está por emprender un recorrido acompañado de Julio, el guía y canoero, y dos de sus amigos. Con el chaleco puesto, parado en la orilla, observa los movimientos de Julio desplazándose entre bancas para limpiar con el trapero. Lo ve sin zapatos, de aquí para allá en perfecto equilibrio, como si estuviera en tierra firme o como si la canoa no se balanceara con el peso. Ya sentado en su puesto se sorprende todavía más. Piensa en esos pasos bien plantados, muy ágiles si los compara con su andar torpe, con el tembleque suyo momentos antes, extendiendo los brazos y avanzando de a poquitos, haciendo fuerza para no caer al agua.

El recorrido empieza y los músculos aflojan. Todo su cuerpo entra en relajación mientras la canoa sube. Sebastián se deja llevar. Es refrescante ponerle la cara al polvo de agua que se levanta con el movimiento. Observa los achiles que aparecen en hilera



bordeando la orilla, compactando la tierra con sus raíces. Hace algunas décadas el río era diferente, estaba más vivo: habitado por cientos de bocachicos, mueludas, bagres, nicuros, capaces, picudas y patalós. En ese entonces si alguien flotaba mirando hacia arriba no encontraba el cielo despajado. Cuando llegaron las primeras familias y se asentaron a la vera del río La Miel, en esa época que también era el nacimiento de un caserío y de una comunidad, el cielo era el mismo, pero cubierto por una capa vegetal. Una trenza de guadua formaba túneles y sombras. Cómo sería el amanecer en medio de esa espesura, con el rumor de la corriente y el canto de las guacharacas. Sebastián no sabe, pero lo imagina.

Cae de la ensoñación cuando se descubre quieto. El motor apagado. La gente en la canoa entrecerrando los ojos, mirando de un lado a otro, haciendo fuerza para ver.

—Ahí están, mírenlas —dice Julio—. Ahí, ahí —Y señala con el dedo apuntando quién sabe a dónde, con todo el brazo, para mostrarles las nutrias que vio de inmediato y que Sebastián y sus amigos, ciegos y desorientados, no encuentran por ningún lado.

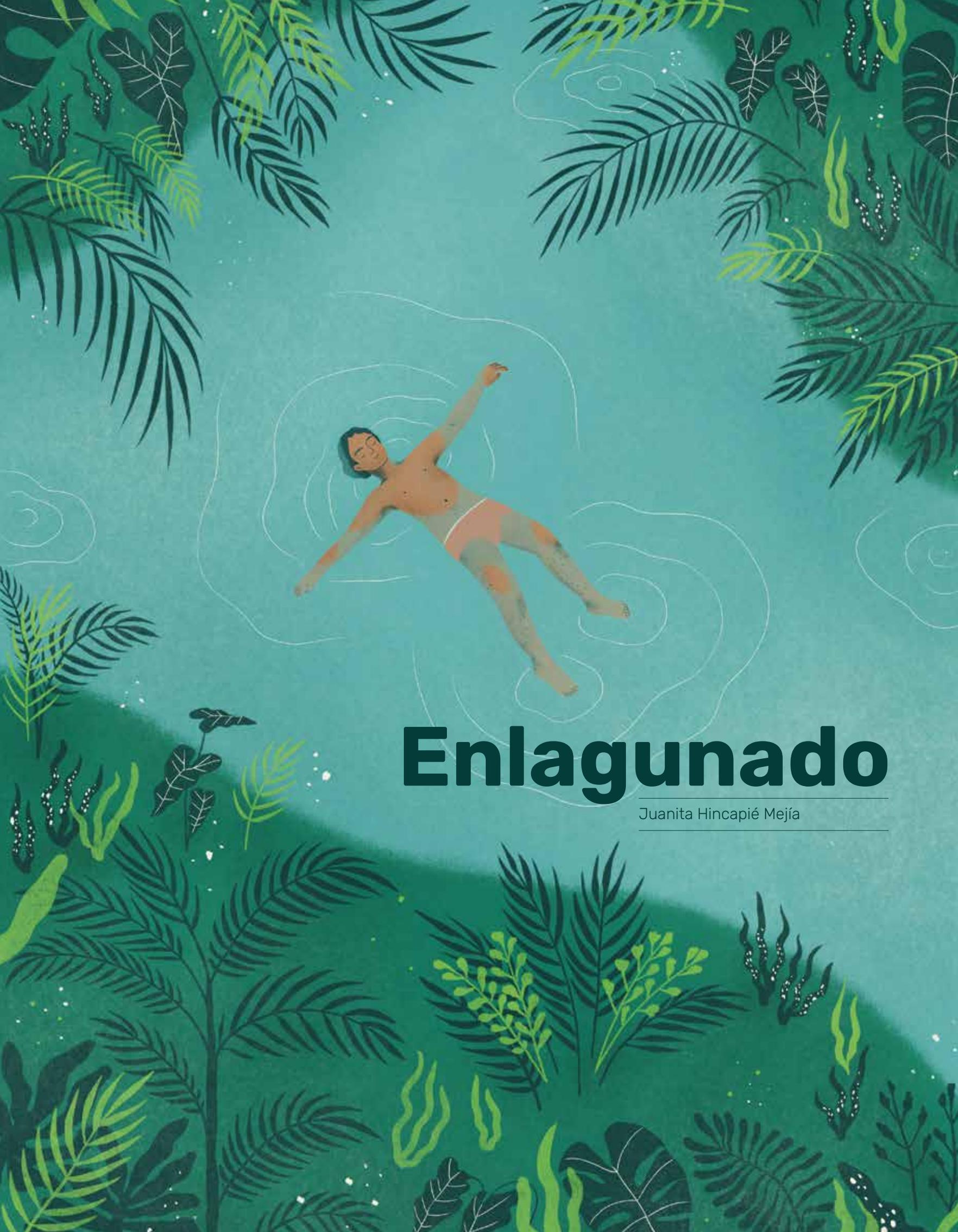
Sebastián se lamenta por sus sentidos adormecidos y le dan unas ganas tremendas de entrar en la cabeza del guía y ver las cosas como él las ve. ¿Cómo las ve? Con los oídos, en gran parte. Por cómo se mueve, por lo que dice, pareciera llevar consigo una idea precisa de los seres que escucha: un mapa de sonidos, el paisaje vivo susurrándole cosas. Qué tal que Sebastián, al igual que el guía, pudiera reconocer el trino de azulejos, sirirís y diostedé. Y a su modo les hablara de vuelta porque ha tenido una relación desde siempre con esos pájaros, porque está en casa. Y si lograra anticiparse al encuentro con el tucán, ese que conoce y al que



le cultiva papaya. O, aguzando el oído, al atardecer, se metiera en el chisme de los monos aulladores, esos viejos amigos a los que les siembra guayabos para que tengan fruta o yarumos para que saboreen la flor. Qué tal si pudiera.

Siente que hay un vínculo, una comunicación íntima entre Julio y la naturaleza silvestre a la cual trata de acceder. Cae en cuenta de que las nutrias hace rato se fueron y quedó sin verlas. Es curioso, le ha pasado antes. En cada paseo, cuando los nativos señalan animales durante las excursiones nunca los ve. Se le ocurre que la ciudad lo embotó, reduciendo su campo de percepción a calles, pantallas y comunicaciones entre humanos, a los ritmos de las urbes. A pesar de todo, algo primario despierta ahora, con el contacto directo. En sus ojos se juntan troncos, hojas y rocas, se mezclan la tierra y el agua, los ocres y los verdes; una maraña de colores vibrando con la luz y meciéndose ante los soplos de viento.

Salta de la canoa y empieza el chalequeo. Nada hasta quedar bajo la cascada, trepa las rocas para tirarse en las zonas profundas, heladas, las gotas dándole golpecitos. El dolor del que se quejaba días antes desaparece al zarandearse en los rápidos, metido en la llanta flotador. Qué delicia. Ríe y aletea y suelta pequeños aullidos al ganar velocidad. Vuelve a ser niño, recuerda que es un animal. El río sana en parte por los cuidados de quienes viven alrededor. Sebastián sana gracias a esta nueva relación con el río. Se olvida, por unas horas, de sus dolores de cabeza y del cuello agarrotado, de los asuntos que lo esperan en la ciudad, de su inminente desempleo. Por primera vez en mucho tiempo solo se preocupa por existir.



Enlagunado

Juanita Hincapié Mejía

La vegetación flotaba por todas partes, se desplegaba hacia él. A veces entraba en la camioneta que saltaba con los huecos y ondulaciones del camino mientras avanzaba hacia la laguna de San Diego. Una amiga le había recomendado el lugar. La noche es de no creer, le dijo. Y con eso avivó su curiosidad y le regaló un destino. Antes de salir había empacado la carpa, bocadillos, bananos, ramen y otras cosas, como un termo de café.

Al acercarse a la zona de *camping* en la que se quedaría hasta el día siguiente, Simón vio la luz derramarse sobre las plantas. Había hojas alargadas y en forma de corazón. Elevaban su rostro al cielo, persiguiendo el sol. Colgaban desde lo alto, desenroscándose como serpientes. Caían unas sobre otras y él se entretuvo imaginando lo que estarían diciendo. La charla que en ese mismo instante tendrían bajo la tierra, mensajes entre raíces largas y profundas. Todo, arriba y abajo, se asomaba como un enorme brote de vida sin domesticar, enredado entre las sombras, en plena algarabía, alrededor de ese gran cuerpo de agua que es la laguna, también llamada maar.

De noche, Simón acomodó un plástico negro sobre el suelo y se echó encima. Tomó un sorbo de café. Así como estaba, descalzo y con el pelo alborotado, concentró la mirada. Se dispuso a mirar, que también es una forma de conversar. Quería hablar con todo lo que veía, con todo lo que en la oscuridad, de repente, se dejaba ver. Varias veces en su vida le habían dicho que no fuera infantil o afeminado, que los animales y las plantas y los paisajes no hablan. Y que, si lo hacen, es solo con mujeres, con yerbateras y brujas, con hijas y madres, cuerpos que engendran, como la tierra. A ellas las llama el viento, les hablan la luna y los árboles, a él no. Los hombres no se pueden permitir esa clase de sensibilidad. Acaso una relación, por así decirlo, más animal, de guerrero. El tipo de actitudes que nada tienen que ver con cosas como abrazar árboles o recoger flores en los campos.

Pero Simón, además de guerrero, también quería abrazar árboles y recoger flores en los campos. Y sabía que,

si prestaba suficiente atención, podría escuchar lo que le decían la luna y los árboles, lo que en esa noche decía la laguna. Reconocerlo era su forma de sacarle la lengua a esas voces que absorbió por inercia desde chiquito.

El clima estaba fresco. La falta de luz apaciguaba el calor y permitía nuevas luces, titilantes, fugaces. Al concierto de luces se sumaban las voces. Se escuchaban fuerte, durísimo. Seres que se activaban en la noche para cantar. Simón se levantó del plástico para acercarse a la orilla y soltando un puñado de hojas de coca le dijo a la laguna: háblame, quiero conocer tu historia.

En la ribera, y desde los troncos, debía haber cientos de ranitas de cristal, esas que al despertar se vuelven todavía más transparentes y parecen de vidrio; también ranas túngaras cantando el sonido de su nombre, «Tún-gara», y sapos de hoja.

En la ribera de la ofrenda, dos tortugas aparecieron ante Simón y le susurraron desde el agua una respuesta. Cuando sus pequeños cuerpos se perdieron en lo profundo, surgió el calor. Gotas de sudor le chorreaban a Simón por la espalda y el cuello. La reacción fue quitarse la camiseta y abanicarse con los ojos cerrados, esperando con paciencia a regular su temperatura. Al tocarse las mejillas notó que estaban encendidas, como si tuviera fiebre, pero ignoró la sensación pues los sonidos de la noche le habían regalado otro nombre. Puso el oído y desde lejos llegó: Boana Platanera. Así le dicen los científicos. Reconoció el canto y se detuvo en la palabra, Boana, ¿de Boans? Esa ya la había buscado en Google. Venía de Boanerges. No recordaba bien si derivaba del griego o del arameo. Lo que sí sabía era que, según la Biblia, quiere decir «hijos del trueno».

Jesús les dio este nombre a sus discípulos Santiago y Juan, hijos de Zebedeo. Ellos alzaban la voz en oración y quizá a las ranas les pusieron así porque croan alzando su voz al cielo, rajando el aire en dos, como el trueno. En dos, todo con ellas debe ser en dos, como su ser anfibio, de vida en agua y tierra. Puro movimiento dual. Cómo

disfrutaba Simón hurgando en el origen de las palabras, al tiempo que aguzaba el oído para prestarle más atención a esos mensajes que le llegaban al unísono en un lenguaje que no entendía y que le encantaría poder descifrar.

La ola de calor lo sacó de sus ideas e hizo que soltara un jadeo, que se echara el pelo hacia atrás para despejar la cara. En esas vio los primeros brillos. Fulgores ascendían a la superficie de la laguna desde muy adentro. Rayos de luz iban y venían al ritmo del canto de sapos y ranas. Se le ocurrió que tal vez estaba demasiado cansado de la vista. ¿Era el inicio de una migraña? Se masajó las sienes, respiró profundo y volvió a los anfibios. Generalmente son los machos quienes cantan y esa noche sostenían una intensa comunicación. Muchas cosas se estarían diciendo. Imaginó a una ranita macho dirigiéndose a una ranita hembra:

Oye tú, ven aquí.

Un sapo a otro sapo: Por allá no te vayas a meter que es peligroso.

Devuélvete que este territorio es mío.

¿Sí viste a ese humano en la orilla?

Tal vez hablaban de él, se contaban su presencia. A Simón le gustó la idea, que así estuviera en silencio, observando, también participaba en la conversación. Ya no miraba el agua sino la oscuridad a su alrededor, que es a la vez ausencia de luz y un enorme lugar donde los seres se acompañan y se advierten cosas, se cortejan y se cazan.

Eufórico, sintió todos los cantos entrar en él. De a poco se fue colmando de voces y empezó a vibrar de pies a cabeza. Ocurría despacio, en ondas que ganaban potencia y llegaban a cada rincón de su cuerpo. De arriba abajo. De un lado al otro. Como le ardía el paso del aire por sus fosas nasales, abrió de nuevo los ojos. Esta vez los rayos de luz flotaban en algo que no era espejo de agua. Una superficie sólida se agrietaba dejando ver el fuego. Simón se secó las gotas de sudor. Habrá que ver cómo se frotaba los ojos, casi hundiéndolos en las cuencas, convencido de que así suspendería la visión imposible. Con el cuerpo entero en vibración apenas si pudo

distinguir el temblor, la ebullición bajo el suelo. Simón jadeaba, todo él en tensión, en estado de máxima alerta. Retrocedió con el pecho desnudo y no pudo hacer más antes de que se desatara la erupción. Ante sus ojos un baile entre el magma y la roca, el gran evento volcánico. Extraño era que no se quemara en esos ardores de los que seguramente no vuelve nadie, que su piel no reaccionara a los pedazos de cristales brillantes disparados al aire.

Con los pensamientos dormidos, los músculos, antes paralizados, salieron de la inmovilidad. Se impuso el deseo de salir disparado hacia lugares que el agua y el fuego no pudieran tocar. El hueco negruzco y carbonizado que había quedado de la explosión se estaba colmando de agua. Antes, una olla a presión que no pudo más que explotar abriendo el cráter. Ahora, toda la escorrentía de este Chocó andino vertiéndose allí, haciendo nido, sobrepasando el borde, y amenazando con ahogarlo. Simón corrió hasta encontrar el sendero que sube y sube, hasta el cerro de San Diego. Tropezó con piedras y ramas secas. La pendiente era tan inclinada que casi se deja vencer. En el ascenso resoplaba. Se detenía unos segundos para

recuperar el aliento, para calmar el corazón que le decía, ya no puedo más. En un punto ese “ya no puedo más” lo sentía también en las piernas, pero las estaba moviendo. Había algo mecánico, o mejor dicho primario, instintivo, que le daba energía para seguir. A lo lejos se distinguían las luces, cada vez eran menos. El crepitar de una hoguera daba paso al rumor de corrientes inmensas. Caminó y caminó hasta que por fin llegó a la cima. Una vez allí, se desplomó, exhausto, y cayó en un sueño profundo.

Lenta fue la salida de esa noche. Movié primero las piernas que había mantenido en posición fetal durante horas. Bostezó sin afán desperezándose de a poco. Dio la vuelta para recostarse del lado contrario del cuerpo y se quedó así un rato. Los sonidos volvían. Aquí y allá, aleteaban cerca de su oído. Cuando de un brinco llegó a la conciencia, cuando se le vino encima la visión de la noche anterior, abrió los ojos y se levantó como un resorte del suelo. La laguna que vio nacer brillaba serena con las primeras horas del día. Todo en su sitio, como la tarde en que llegó. En el horizonte, los nevados del Ruiz y el Santa Isabel. La luna todavía en lo alto.

Asociación de **Jóvenes Rurales Gestores de Paz**

Somos una ONG compuesta por jóvenes en el corregimiento de Florencia, Samaná, Caldas. Hemos sido víctimas del conflicto armado y formado parte de los procesos de educación para la competitividad del programa “La Universidad en el Campo”. Le apostamos a afrontar el posconflicto con procesos que mejoren la calidad de vida de los jóvenes y sus familias, por medio de la creación y gestión de recursos para planes, proyectos y programas.

LÍNEAS ESTRATÉGICAS

Emprendimiento y productividad / Educación, formación y sociedad / Incidencia pública y política / Medio ambiente.



CONTÁCTANOS

✉ asojovenesrgp@gmail.com

✉ felipe@asojovenesrgp.org

☎ 310 441 4284 / 312 873 7861

📷 @asojovenesrgp

📌 AsojovenesRGP Florencia

La Babilla y La Garza

Juana del Carmen Sánchez Ramírez
Juanita Hincapié Mejía

Al escanear este QR en tu dispositivo móvil encontrarás un video sobre la construcción colectiva de esta fábula en la Institución Educativa de Guarinocito.



A la charca de Guarinocito llegó una babilla joven llamada Vivorix. Sofocada por el calor, añoraba un chapuzón y pasar la tarde junto a Patri, su gran amiga, la garza más aventurera y temeraria de todo el combo.

No siempre fueron cercanas. Mucho tiempo le tomó a Patri olvidar aquel terrible domingo en el río Magdalena. Cómo tuvo que esconderse detrás de mamá Garza, temblorosa, paralizada, al advertir por primera vez en su vida los filosos dientes, la prominente mandíbula, los coletazos y revolcones de Vivorix y su familia en medio de la corriente.

Superado el miedo inicial forjaron amistad y empezaron a divertirse a lo grande. Esta vez, en la charca de Guarinocito, no fue la excepción.

Se hicieron compañía, aunque cada una tenía su propia fuente de entretenimiento. Vivorix jugó escondite con Bocachico, a quien vio entre la vegetación acuática, agotado y flaco como estaba después de la subienda. Entre salto y salto Vivorix terminó por lanzarse tras la desafiante Mueluda, que apuró el nado y casi no se deja atrapar; espléndido banquete se dio con Mojarra nuestra joven babilla que, finalmente, adormilada por tanta actividad, no pudo sino sacar panza y caer rendida a recibir un baño de sol.

Entre tanto Patri dio vueltas por los aires, cogiendo impulso desde las ramas de guácimos y samanes, hasta que de repente soltó un escandaloso graznido que retumbó en toda la charca. Vivorix pegó un brinco y asustado le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—A mí, nada —respondió Patri, todavía exaltada—. Pero acabo de ver a una turista feliz de la vida tirando basura.

En efecto, una joven luego de terminar su guarapo había arrojado el vaso de plástico fuera de la canoa, arrugando con la otra mano un paquete de galletas que ya se temía dónde iría a parar.

—¡Hay que hacer algo! —dijo Vivorix.

—Yo la distraigo y luego vas tú —propuso Patri y voló hasta posarse en uno de los bancos de la canoa, estirando el cuello con elegancia para llamar la atención.

Aquella turista no podía creer que un ave se le hubiera acercado tanto. Asombrada, observó el plumaje blanco, erizado y brillante a la luz del sol. Detuvo su mirada ya en las patas largas, ya en la figura esbelta, y sacó el celular lo más lento que pudo para tomar unas cuantas fotos. Tan maravillada estaba, tan concentrada en

capturar el mejor ángulo, que ni siquiera notó las escamas que se aproximaban. El hocico y los ojos que surgieron de las aguas mansas.

Todo pasó muy rápido. Vivorix tomó impulso y chocó con la canoa, volteándola para propinarle a la turista un gran susto y un tremendo sacudón.

Haz en casa ajena lo que quieres que hagan en la tuya.

Esta fábula nos enseña a cuidar la naturaleza de la que hacemos parte, a respetar y dejar los lugares que visitamos tal como los encontramos, pues son el hogar de humanos y de muchos otros seres vivos.

En la historia se hace referencia a la charca de Guarinocito. Allí van pescadores a tirar su atarralla; familias a pasar una tarde soleada; niños y niñas a nadar cerca, en la piscina de agua natural. Es el alma del corregimiento y un lugar muy importante para los doradenses y los habitantes de la zona.



Estas son algunas de las ilustraciones que realizaron los niños y niñas de la IE de Guarinocito durante el LivingLab Biocultural.

Hospedaje en medio de la naturaleza

A una hora de La Dorada, Caldas, en la vereda La Atarraya. Un lugar que es atendido por personas de la comunidad que le apostaron al turismo y a la conservación del territorio. Un proyecto comunitario construido con la esperanza de salir adelante y que le apunta a la sostenibilidad y reconocimiento del territorio.

Alojamiento / Zona de camping / Alimentación / Senderismo
Investigación (fauna y flora) / Paseo en lancha

CONTÁCTANOS

☎ 320 664 1680 / 311 749 0817

📷 @brisasdelriolamielposada

Vigías Ambientales por Victoria



Nos dedicamos a sensibilizar a las comunidades en temas de educación ambiental y promovemos acciones territoriales que impulsan, fomentan y desarrollan la economía local enfocados en temas de sostenibilidad ambiental.

SERVICIOS

- Consultorías ambientales
- Procesos de educación ambiental
- Iniciativas en turismo de naturaleza
- Avistamiento de aves
- Diagnósticos ambientales

Desarrollo basado en la bioeconomía y el turismo como estrategia responsable

Rafa Villa Restrepo



El turismo es más que una actividad económica. El turismo encapsula un modelo que se consolida día a día como generador de desarrollo sostenible.

En línea con esta visión, el proyecto de Identificación y apropiación del patrimonio biocultural para fortalecer una estrategia colaborativa para la generación de valor en la subregión del Magdalena del departamento de Caldas reconoce el turismo como uno de los pilares fundamentales de dicha estrategia.

El turismo crea oportunidades para los emprendedores en economías emergentes (que pueden abrir pequeñas empresas turísticas) y da una buena oportunidad de integración en el mercado laboral a mujeres y jóvenes, quienes se han visto históricamente menos beneficiadas por la industria turística. Por supuesto, para cumplir esta promesa, el tipo de turismo que se promueva tiene que ser responsable, sostenible y accesible para todos.

Con respecto al medioambiente, el turismo tiende a agudizar el cambio climático y, a la vez, se ve afectado por él. Por ello, es importante que tenga un papel protagonista en la respuesta global que se propone para esta problemática; así, resulta fundamental que desde las apuestas turísticas se pongan en práctica acciones que reduzcan el consumo de energía, así como la utilización de fuentes renovables, todo esto en un escenario en donde se haga parte de una ordenación integrada por las zonas de mayor vulnerabilidad ambiental a fin de ayudar a conservar y preservar ecosistemas frágiles. De esta manera, se serviría como vehículo para promover la sostenibilidad hídrica y ayudar a la conservación y preservación de la biodiversidad; al tiempo que se establecería una nueva conciencia sobre la necesidad de hacer viajes más respetuosos con los ecosistemas locales.

Así, el reto fundamental de este tipo de proyectos es ofrecer

alternativas de intervención en las dinámicas culturales y sociales locales para generar mayor aprovechamiento del turismo y en particular mayor articulación con la cadena del valor turística por parte de las comunidades locales. Este reto toma forma, entonces, en la intersección de un proyecto de naturaleza de promoción empresarial, de desarrollo de las comunidades rurales y de fortalecimiento del turismo basado en el patrimonio biocultural.

Por esto, el proyecto ha piloteado las bases de un modelo de innovación de productos turísticos. La generación de valor y capacidad de monetización a través de la integración de Laboratorios de Productos y Experiencias Turística se logra con la prestación de servicios especializados de Perfilamiento de Audiencias, Diseño de Journey Maps, Análisis de Alto Potencial Turístico, Experiencias basadas en Múltiples Narrativas, Pruebas de experiencia, Fan-trips, entre otros servicios; y de la Plataforma de Marketing e Inversión con servicios como Diseño de Narrativas de Comercialización, Estrategias de Marketing Digital, Campañas de Storytelling Visual, Campañas Publicitarias, Ruedas de Negocios, Eventos y Ruedas de Financiamiento.

Contar con una red fuerte de proveedores y aliados permitirá que dichos servicios especializados puedan llegar en cantidad, calidad y precio para hacer de las comunidades y operadores apoyados éxitos comerciales y de recuperación cultural. Convertir todo este ecosistema desde los emprendedores formados hasta empresas exitosas requiere de acción colectiva e inmediata.

El modelo que se decida promover de largo plazo para aprovechar integralmente el turismo claramente tiene que tener un grado de coherencia con la realidad del territorio y su forma de interpretar y transmitir su atractivo. Este modelo debe contribuir directamente al bienestar de los pobladores de forma integral.

Visita el río La Miel y río Manso

Somos una asociación sin ánimo de lucro compuesta por habitantes de la vereda La Habana (lugareños, amas de casa y pescadores de la zona). Ofrecemos servicios turísticos alrededor del río La Miel y río Manso.

CONTÁCTANOS

✉ comiteturisticoriolamiel@gmail.com
☎ 310 447 8134 🌐 Coturlahabana.com
📷 @coturlahabana

SERVICIOS

- Alojamiento rural
- Senderismo
- Avistamiento de aves
- Body rafting y tubing
- Tours



CONSERVACIÓN

RESTAURACIÓN

SERVICIOS



Jardín Botánico Del Magdalena

Somos una institución que busca conservar y restaurar la megadiversidad de la cuenca del río Magdalena a través de la investigación participativa y la apropiación social del conocimiento.

Ecoturismo
Educación ambiental
Consultoría ambiental
Turismo de abejas
Visita al vivero de especies nativas

Jaguars

EN CALDAS

Se acaba de registrar al felino más grande de América paseando por el Magdalena Caldense.

Esto no sucedía desde 1999

Más de 20 años sin verlo nos revela lo sigiloso y solitario que es, pero también que sus poblaciones se han diezariado.



A stylized map of Colombia is the background, with several jaguar illustrations. One jaguar's head is in the top right, another is on the left, and a third is in the bottom left. A jaguar cub is in the center. A red dashed line runs across the map. Several red pushpins are pinned to the map. Three text boxes are overlaid on the map.

El jaguar, cazador feroz, tan fuerte que rompe caparazones de tortugas con su mordida... está a pocos pasos de la extinción.

En el Magdalena Medio hace de *bisagra* entre las poblaciones del Chocó biogeográfico, las del oriente del Llano y de la Amazonía.

En el continente, en general, los beneficios de su existencia son enormes.

Su presencia influye en la calidad del agua y mantiene comunidades humanas a salvo de la infestación de diferentes animales.

REGISTRAN JAGUAR EN CALDAS

Carlos Urrego

Es el primer registro de este gran felino desde 1999. Tanto puma como jaguar ayudan a mantener distintas poblaciones de animales bajo control. Expertos lanzan llamado para aplicar medidas de conservación.

“Es una belleza de animal. La gente debería estar orgullosa de tener ese jaguar en su tierra, en sus bosques. Es un gran atrayente de turismo, de emoción, de cosas muy buenas. El individuo se ve sano”. Eso dice Esteban Payán Garrido, biólogo y líder del programa

Grandes Felinos para América Latina de Wildlife Conservation Society (WCS) acerca de un video de 10 segundos en el que se observa un jaguar en el Magdalena Caldense.

El jaguar (*Panthera onca*) es el felino más grande de América. Puede pasar los 100 kilos, su mordida es tan fuerte que rompe caparazones de tortugas y, con sus manchas –rocetas- se diferencian unos de otros. Estos animales, sigilosos y solitarios, se pasean por todo el continente, desde Estados Unidos (donde está casi extinto) hasta la Patagonia Argentina, aunque sus números son cada vez menores, ya que, según la Lista Roja de la UICN, se considera como una especie casi amenazada.

En Colombia se podría decir que sus poblaciones se diferencian por bloques. El más grande es el amazónico, también pasean por los Llanos, en la Sierra Nevada, las poblaciones conviven en el Chocó biogeográfico y también en el Magdalena Medio. Pero, al igual que en el resto del continente, están a unos pocos pasos de la extinción.

El jaguar que se registró en Caldas hace parte de este último bloque, a una altura menor a los 1500 metros sobre el nivel del mar y pesa unos 70 kilos, según los expertos.

Esa población del Magdalena Medio está conectada hacia el norte con la Serranía de San Lucas y es muy importante porque hace como de bisagra entre las poblaciones grandes del Chocó biogeográfico, las del oriente del Llano y de la Amazonía.

Explica Payán Garrido.

El registro de este gran felino se realizó gracias al proyecto Magdalena Caldense: Patrimonio Biocultural, financiado por el Sistema General de Regalías,

en el que trabajan de manera conjunta la Universidad de Caldas, la Universidad de Manizales, Bios y varias asociaciones de turismo comunitario y medio ambiental.

El jaguar, una joya para los bosques caldenses

La última vez que se vio un jaguar vivo en Caldas fue en 1999. Era un adulto cazado por agricultores como represalia por comer ganado en Riosucio. Luego, en 2021, un artículo científico reportó una huella en el Magdalena Caldense y se hizo un fuerte llamado para llevar a cabo acciones para evitar su extinción local en el departamento. “Creemos que este remanente de bosque debe ser priorizado y considerado en el presente y futuro de la conservación por parte de la autoridad ambiental”. No muchas acciones se llevaron a cabo.

Juliana Andrea Díaz Ocampo hace parte de una de las asociaciones que participan en el proyecto. Vive del turismo ambiental y comunitario y es una convencida que se puede lograr una mejor relación entre el medio ambiente y los seres humanos. Magdalena Caldense, patrimonio biocultural, tiene como uno de sus objetivos brindar herramientas a estas personas para llevar a cabo procesos turísticos sostenibles y sustentables basados en la biodiversidad. Juliana fue la encargada de instalar la cámara trampa que registró el jaguar.

“Nos dejaron tres cámaras trampa y nos fuimos a una finca en donde decían que habían visto un jaguar. Nos tocó ir a caballo y nos demoramos como seis horas”, afirma Díaz Ocampo. Luego de clases teóricas y prácticas para entender el fototrampeo, lograron ubicar los artefactos con la esperanza de hacer algún registro.

“Cuando se recogieron las cámaras, mi hermana sacó la

memoria, ella empezó a mirar y no vio nada. La segunda y nada. Estábamos muy aburridas hasta que llegó la tercera y vimos esa belleza. Yo me sentí muy contenta y ahí mismo escribí al grupo del proyecto y todos se pusieron muy felices”, recuerda sobre ese momento. Aunque en Caldas no hay plan de conservación de estos animales, solo de manejo de conflictos, hay una mirada distinta. Incluso el dueño de la finca en donde se hizo el registro comentó que le gustaría poner nuevas cámaras para poder verlo más.

Números a la baja

El declive en el número poblacional de estos felinos, según la WWF, obedece a la pérdida y degradación de hábitat por el crecimiento de la frontera agropecuaria, la minería y la explotación forestal, el tráfico ilegal, conflictos con humanos y el cambio climático.

Vanessa Serna Botero es la coordinadora de los estudios biológicos del proyecto y asegura que este tipo de registros es una oportunidad para explicar los beneficios que le brinda un jaguar al ser humano. Sus servicios ecosistémicos tienen que ver con el control de poblaciones. Por ejemplo, en otros países en donde ya no está este gran felino, hay comunidades humanas con infestación de diferentes animales. Para Garrido Payán, la presencia del jaguar tiene relación incluso con la calidad del agua, pues evita erosión y ayuda a que haya mayor vegetación. Y, desde lo turístico, la oportunidad de mostrar una huella o el sitio en donde camina un animal como el jaguar, puede llevar a cientos de turistas al lugar y beneficiar a toda la comunidad sin afectar la biodiversidad.

Serna Botero comenta que este registro es valioso, no solo en lo investigativo sino en la apropiación social del conocimiento, ya que la participación de la comunidad fue directa.

“Ese ejercicio conjunto es muy importante, ya que para un investigador es difícil hacer este tipo de registros, pero al estar con la comunidad, podemos lograr cosas como esta”:
Serna Botero.

Este tipo de registros son un llamado, aseguran los investigadores y las mismas comunidades, a potenciar los procesos de conservación y de relacionamiento entre el ser humano y estos animales. Que su belleza y beneficios puedan seguir caminando por los bosques del Eje Cafetero y todo Colombia.



Un puma sano en el Magdalena Caldense

Otro de los registros de valor que ha hecho el proyecto fue un puma joven, el segundo felino más grande de América. Héctor Ramírez Chaves es profesor del Departamento de Ciencias Biológicas de la Universidad de Caldas, curador de la Colección de Historia Natural del Centro de Museos y doctor en Ciencias de la Universidad de Queensland. Comenta que suelen ser solitarios y nocturnos. El animal registrado puede pesar unos 40 kilos.

Aunque tanto jaguar como puma prestan servicios ecosistémicos similares y no atacan a los seres humanos, el puma es menos tímido y puede acercarse a fincas y caminar cerca a los ríos y cañaduzales. Pueden vivir desde el nivel del mar hasta los 4 mil metros. Payán Garrido cuenta que una de las poblaciones más estables en Colombia está en el Eje Cafetero.

MAGDALENA CALDENSE

Trazando el mapa que somos

Carolina Montoya Ballesteros y Juana del Carmen Sánchez Ramírez

Recorrimos el Magdalena Caldense y disfrutamos de su diversidad biológica y cultural, te invitamos a que, a través de este mapa, explores algunas de las tradiciones, lugares y espacios naturales más representativos del oriente de Caldas.





RÍO SAMANÁ SUR

LAGUNA SAN DIEGO

SAMANÁ

RÍO MANSO

NORCASIA

RÍO LA MIEL

LA DORADA

VICTORIA

RÍO MORO

RÍO PANTONA

RÍO LA MIEL

RÍO DOÑA JUANA

RÍO PURNIO

RÍO MAGDALENA

RÍO GUARINO

CHARCA GUARINOCITO

Paisaje Sonoro: Así suena La Miel

Alejandro Serna Rodas
Néstor Jaime Bustamante Vargas

En el extenso universo auditivo, los paisajes sonoros se revelan como suaves trazos de poesía. Cada sonido, como verso, teje una historia única. Desde el susurro de las hojas, hasta el murmullo de las olas acercándose a la orilla, esta pieza sonora se presenta como la voz de una naturaleza que nos invita a sumergirnos en la esencia mágica del río La Miel.

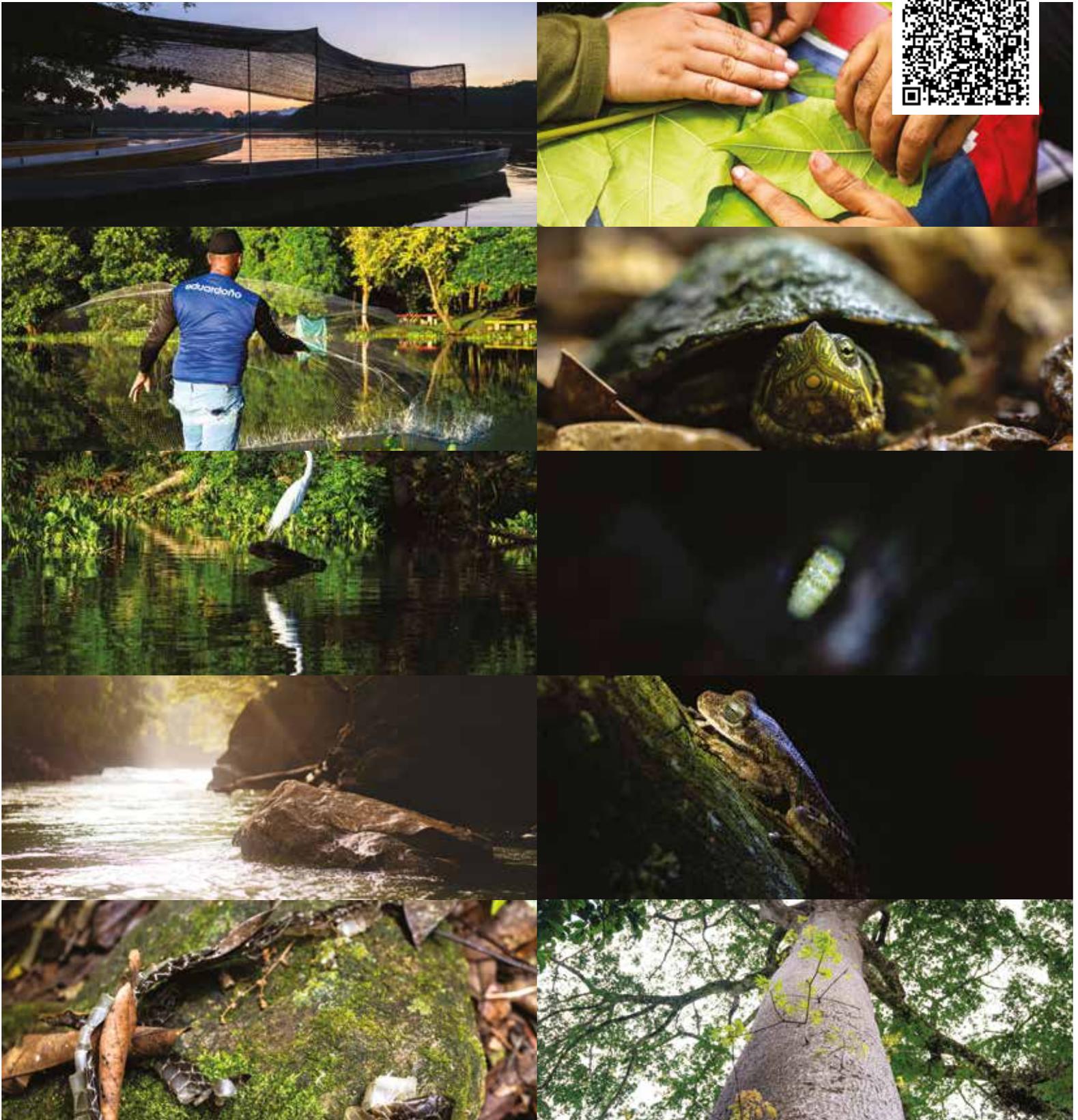
Al escanear este QR en tu dispositivo móvil encontrarás un paisaje sonoro construido a partir de los sonidos del río La Miel.



Oír, ver y sentir el Magdalena Caldense

Alejandro Jiménez Salgado
Néstor Jaime Bustamante Vargas

Al escanear
este QR en tu
dispositivo móvil
encontrarás
pequeños relatos
que dan vida a
las fotos que
acabas de ver.



La presente edición de la revista Eureka es el resultado de la ejecución de la estrategia de apropiación social del conocimiento del proyecto Identificación y Apropiación del Patrimonio Biocultural a través de una estrategia colaborativa para la generación de valor en el sector de la bioeconomía en la subregión del Magdalena del departamento de Caldas.

FINANCIADO POR



EJECUTADO POR



ALIADOS

